



**MICROGAME
O
INSTANTÁNEAS
DE UN TIEMPO
PERDIDO**

MILA J. SAGAN

*A Emir, Edin, Nicola, Ezequiel, Mesut, Leo, Miralem, Muhamed,
Javier y los suyos, Carl, Sarah, Lenny.*

*A todos los que me enseñaron cómo disfrutar de este pequeño y
maravilloso mundo.*

Más allá.

Daniel miraba el techo pensativamente, moviendo un poco los pies que, a continuación de los pantalones de su pijama, se hallaban arropados en unas suaves frazadas. Todo era confortable, y moría de sueño, pero no podía dormirse. Lo acometía la misma idea de siempre, una idea que no había expresado en palabras concretas, ni para decírselas a alguien ni para plasmarlas en un diálogo solitario. Esa noche, como muchas otras, como casi todas, volvía a tener miedo de cerrar los ojos, y encontrar una oscuridad que no lo abandonara nunca más. Por alguna recóndita razón enterrada en el lecho profundo de su infancia lejana, por una historia que alguna vez había oído o creído oír, sufría de un persistente terror a quedarse ciego mientras dormía. Sabía que no era racional, pero no iba a discutir al respecto. No quería saber nada acerca de probabilidades, fantasías o estupideces. Tampoco había motivo para que mantuviera vivo su miedo, pero era una parte tan arraigada de su vida que no estaba dispuesto a arrancársela.

Daniel decidió al fin que las sombras que inundaban su habitación nocturna serían las últimas formas que viera antes de quedar inconsciente (y quizás ciego), de modo que las retrató en una fotografía mental y accionó los párpados para cerrarlos. La emoción que solía imprimirle a aquel simple movimiento hizo su aparición, intensamente, casi provocándole dolor. Ya había pasado antes. Un momento... antes de dejarse llevar... abriría los ojos... y de nuevo una última imagen... y ya estaba. Los párpados volvieron a recostarse y a doler. Vaya. Tal vez estaba exagerando. Dolía mucho. ¿Se hundirían en sus cuencas? Podía llegar a ocurrir.

El proceso seguía, sin pena ni gloria. Daniel aceptaba el dolor. No pensaba en nada más. La única noción que asomó en su mente fue la duda de si mientras sufría (o tal vez no) lograría dormirse, y acabar con todo. A ver, ¿qué iba a pasar? ¿Qué es... eso? Fue repentino. Daniel ordenó a sus párpados que se soltaran. Mientras los ojos volvían a ver, se preguntó por qué motivo su existencia se

habría sentido sacudida por un mareo, no demasiado fuerte, pero sí demasiado inesperado. ¿Inesperado? Eso seguiría sucediendo. Daniel tragó saliva. Quizás había ocurrido. Quizás había empezado a ser ciego. Pero no era oscuridad lo que le rodeaba. No había nada tenebroso ni malo que le asfixiara. Aquello no era su habitación. Con los ojos bien abiertos, el durmiente recorrió el nuevo paisaje por doquier, y pudo, totalmente desconcertado, descubrir que era inconmensurablemente bello.

Por unos minutos que no midió, Daniel, sin moverse, exploró visualmente el esplendor que aquella realidad le ofrecía, sin poder saber que era el mundo de los sueños, que eso era imposible, que estaba sucediendo igual y que la negrura que había esperado como parte del caer dormido o lo mismo enceguecido no tardaría en aparecer, pues constituía uno de los pasos naturales que trasladaban al humano a lo onírico y que impedían que percibiera ese sitio como algo tan real que luego no hubiera intención de despertar. De modo que Daniel vio esa escena espléndida por un breve lapso de tiempo, y el milagro tuvo que acabar pronto, por él y por el secreto que los sueños guardan.

No iba a recordar bien, luego de que la visión se deshiciera en una tiniebla profunda y en un ronquido tranquilo, qué fotografía habían presenciado sus pupilas, ni qué formas y saberes cobraba el mundo de aquel más allá, ni si eso realmente había existido o sólo había sido un mero sueño.

Lo último.

Despertar. Levantarse. Vestirse. Bajar las escaleras. Ir a la cocina. Desayunar.

Silbar aquella vieja melodía de sus años de juventud mientras absorbe los aromas preciosos del café, el jugo, el pan tostado y la mantequilla. Devorar con tranquilidad los sabores de la mañana, mientras el televisor encendido le muestra las primeras noticias.

Mirar la hora en el reloj redondo y rojo de la pared. Enjuagar los utensilios con rapidez y volar a la habitación, a las llaves del auto, al vestíbulo, al jardín, al periódico enrollado que toma para llevárselo al trabajo. Acomodarse en el asiento del piloto. Partir.

Manejar media hora hacia el edificio gris de oficinas grises y empleados grises. Pensar en el sempiternamente pesado tránsito mientras saluda a la recepcionista, camino al ascensor. Dejarse llevar con resignación o ensimismamiento al cubículo desde el cual calcula con números que pertenecen a otras personas. Llegar. Sentarse.

Transcurrir esas ocho horas, con el almuerzo y algún sándwich de por medio. Interactuar con otros trabajadores del mismo piso. Hacer algunas copias en la máquina del fondo. Apagar su computadora al final de la jornada. Bajar. Aspirar el aire nocturno que se cuela por la gran puerta cada vez que alguien sale. Pensar que por hora se ha terminado. Volver a casa.

Arrellanarse en su cómodo sillón mientras el horno prepara la comida que él ha dispuesto y la otra televisión le presenta una película que hace tiempo ha querido ver.

Sentir el gusto mentolado en la boca, horas después, luego de que la película, la cena y el día han terminado. Desvestirse. Acostarse. Oír un poco de dulce música a bajo volumen. Dormirse.

O quizás despertar, levantarse, vestirse, intentar bajar las escaleras, resbalar en un tapete mal colocado, caer escalón por escalón y quedar tirado allí abajo, inconsciente y sin vida, habiendo planeado todo lo que haría ese día, sin saber que eso sería lo último que hiciera.

El hombre de las tinieblas.

Estaba allí. En algún lugar. En algún punto, perdido en la oscuridad. Amélie lo sabía, pero no podía hacer nada al respecto, porque no podía verlo, ni olerlo, ni oírlo. Apenas lo sentía como

quien siente el frío, o el miedo, o una náusea inevitable y extendida. Amélie sabía que el hombre estaba allí pero no sabía qué le haría, quién era, si la dejaría salir de ahí con vida o si pasar por su lado sería su última acción.

Esa profunda y solitaria incertidumbre la hundía cada vez más en su interior, pesaba, la asustaba, la angustiaba; ¿qué iba a suceder? ¿Cómo moverse? ¿Qué pensar... de tantas cosas, del hombre, de lo que había hecho ella aquel día, del lugar del que venía, de los misterios más recónditos de la vida?

Sólo había una solución. Dar un paso. Con suerte, dos. Si pudiera, más, y así avanzar hasta llegar a su casa. Faltaba tan poco para reencontrarse con esas paredes que de pronto se convertían en lo más añorado del mundo...

La solución era el intento. Amélie aprestó los sentidos, deseando anticiparse a cualquier respuesta del hombre a su proceder. La chica tomó aire. Levantó un pie. Lo adelantó. Lo apoyó en la acera. Repitió el traslado con la otra extremidad. Exhaló un suspiro. Un paso más cerca.

El hombre de las tinieblas salió de su escondite. Amélie no pudo descifrar ningún rasgo de su figura. Todo sucedió muy rápido, y un minuto después el hombre se alejaba, se embarcaba con su puñal ensangrentado a través de un mar negro, y allí el cuerpo blanco de Amélie quedaba desvanecido y vacío, muerto, sin pensamientos, sin dudas.

La huella verde.

Un paso. Dos. Rápido. Trotaba. Un jadeo continuo, el sudor llenando su cuerpo helado, el aliento congelándose luego de salir del volcán interno. Las articulaciones dolían levemente. Pero seguía. Era importante. Vamos.

El corazón le latía a una velocidad cada vez mayor. Podía ser peligroso. Aún no estaba corriendo, pero ya se sentía fatigado. Hacía

mucho tiempo que no se movía así. Por lo mismo, tenía que continuar haciéndolo.

De repente se mareó, se detuvo, tosió, expelió un vómito verdoso y ácido. Ni siquiera tuvo tiempo de inclinarse. Afortunadamente, no se ensució. Nada le habría provocado más asco. ¿Qué acababa de suceder? No recordaba haber comido nada en especial. De hecho, no había comido nada en absoluto. Una fruta, hacía más horas de las que podía recordar. Bueno, ya había descansado lo suficiente. En marcha.

Dos minutos después todo volvió a moverse, el hombre tembló, un sudor distinto, gélido, cubrió su nuca y su frente, y aquel vómito repugnante volvió a surgir, esta vez con abundancia, llenando la tierra, salpicándole a él, sorprendiéndole, quitándole un poco de aliento. ¿De qué se trataba? Ni siquiera se sentía mal. Y su cuerpo agitado le pedía que corriera, porque ya había empezado. De modo que se limpió como pudo, tomó aire y volvió al ataque.

Habían pasado cinco minutos. Ya estaba mejor. Era una suerte. Claro que no le gustaba ir arrojando esa clase de desechos por allí. Pero no se repetiría. Lo sabía. Incluso pudo sonreír. Sentía que una claridad nueva despejaba su día y que todo marcharía óptimamente a partir de entonces. Aire limpio. Ganas de seguir trotando. Todo estará bien.

Súbitamente cayó al suelo, sin una mínima posibilidad de respirar. Varias venas le latían desesperadamente por todas partes. El cuerpo le pesaba. Estaba boca arriba, con los brazos y las piernas extendidos, recibiendo el invierno en todo su ser. Y la confusión que machacaba sus sienes fue violentamente acompañada por aquella voluminosa sustancia, ese hálito tibio, esa vaharada de espanto. Una ola espesa y terrible se lanzó desde su recién debilitado interior, y pronto el maremoto le rodeó y él quedó como una inmensa isla en medio de un océano enfermizo.

Sucio. Inconsciente. Sin entender qué había ocurrido ni cómo seguiría. Tal vez era el fin. Lo cierto era que estaba solo, y le parecía

que no había nadie más en el mundo. Como si nadie pudiera ayudarlo.

Y allí se vislumbraba, por donde su alma había pasado, un rastro siniestro, un indicio de su nueva soledad, la huella verde.

La vil canción del poeta desesperado.

Cantaba, cantaba, y ella se retorció de dolor. Cantaba porque a él le había dolido, porque una vez había sufrido, y la única cura que había encontrado era aquel himno desgarrador que poco a poco le hacía pedazos el alma a ella y la arrastraba a un delirio de padecimiento del que nunca, nunca saldría. Ella pedía perdón, y el poeta no la oía. Quizás, si hubiera embebido de sinceridad esa súplica, podría haber considerado alterar levemente el castigo. Pero ella no sabía nada. No entendía de qué se trataba. Así que, muérete, muérete. Ahógate en este calvario que una vez arrasó con mis venas, retuércete en el veneno que un día infectó mi ser, zambúllete en la tormenta infernal que ha sabido humillarme en su seno. He llorado. Lloro tú también. Sólo muérete. El poeta sabía lo que hacía. Sabía que debía llegar hasta el final, aunque antes la había amado, aunque había jurado que sería suyo por siempre. Estaba acabando, porque ella no había comprendido, y ahora solamente le quedaba eso. Era su culpa. Ahora, la vil canción del poeta desesperado la arrullaría hasta que en última instancia ella hallara el vacío de una muerte en la que nadie, nadie la podría acompañar. Sola partiría, quizás por más siglos de los que pudiera contar...

Juntos en un sueño.

Jamil miraba a su pequeño hermano Abdul, alternando su contemplación con la de las aguas poco tranquilas que vivían allí abajo, entre las dos camas altas que sus padres les habían designado desde siempre, quizás previendo una inundación como aquella. Aunque ni siquiera era una inundación; no sabían de dónde

provenía la marejada y tampoco se lo estaban preguntando. Sólo querían reunirse para jugar, ambos embutidos en sus pijamas infantiles, y no pensaban en nada más.

Lo cierto era que los límites de la habitación se habían distorsionado, y lo mismo se hallaban en ese rincón de su casa que en las cercanías de una isla más bien pequeña, que parecía una piedra negra bajo el sol refulgente que adormecía a los barcos calmos de la costa. Esa vista les había atraído en un principio; pero ya no se preocupaban por ella; por placentera que fuese, lo más importante era que Jamil pudiera ir hasta la cama de Abdul, y de eso se ocupaban entonces.

Llegado el momento, el pequeño Abdul cruzó una mirada con su hermano, y le instó a saltar. Jamil, sin dudar, lo hizo; pero en ese momento un barco salido de ningún lado pasó perezosamente entre las dos camas, y allá fue el niño a parar, confundido y un poco fastidiado, a su cubierta. Abdul lo vio alejarse, pleno de intriga sobre cómo volvería; dos segundos más tarde, Jamil estaba de nuevo en su cama, enfrentando a su hermano, los dos sin pensar en lo imposible, los dos ansiosos por el encuentro.

No pasó mucho tiempo hasta que ambos decidieron que el jovencito mayor tenía que intentarlo de nuevo. Hubo una segunda mirada cómplice, de absoluta confianza; Jamil se aprestó a saltar, pero nunca pudo concretar la acción, pues una enorme ola originada en el mismo punto que les había enviado el barco les empapó a ellos y a sus camas de principio a fin, y los muchachitos, tiritando, tuvieron que prometerse en silencio que habría un tercer intento.

Esto sucedió poco después, pero aún Jamil no llegó. Una súbita y pesada cortina de lluvia separó las camas durante varios minutos; los niños esperaron, observando cómo por todas partes, menos allí, el sol seguía quemando vivamente el cielo, y pensando que, si Jamil hubiera tratado de cruzar la lluvia, se habría ahogado con seguridad.

En un cuarto intento, el pequeño se estiró para alcanzar de una vez por todas la cama de Abdul, pero entonces los dos muebles se desplazaron unos centímetros, distanciándolos despiadadamente. Jamil y Abdul volvieron a mirarse. Compartían el temor, la desesperanza, cierta tenue melancolía.

Una determinación sin límites se apoderó de sus mentes, de sus cuerpecitos, de sus miradas. Aquello era una fábula, lo sabían, no podía ser de otra forma; pero ellos iban a estar juntos, juntos en un sueño. Así que los dos se pusieron de pie, manteniéndose en equilibrio, casi ajenos al férreo clima veraniego que les echaba voraces bocanadas de calor. Unieron sus ojos en un solo pensamiento, y entonces, sin saber cómo, Abdul saltó, nada lo impidió, la cama de Jamil lo recibió y en aquel instante ambos pudieron estar ahí, y se sentaron, y sonrieron, y tomando unas almohadas se pusieron a jugar y a cantar alguna añoranza perdida bajo el aire salado y el trinar de pájaros lejanos.

La danza extraña.

Manuel se movía, haciendo que su cintura describiera círculos de distinto diámetro. Al mismo tiempo, sus ojos se expandían y se contraían sin objetivo alguno, sus manos bailaban incesantemente realizando trayectos extraños, y sus pies a veces zapateaban y a veces patinaban sobre las baldosas color carne. La habitación estaba abarrotada de muebles y cosas inútiles, el aire opaco asfixiaba, y era un milagro que Manuel pudiera hacer lo que estaba haciendo, fuera lo que fuese, con tal libertad, y más aún que hubiera un ínfimo espacio para que lo ocupara la expectación de su amigo Jean Paul, situado en el umbral de la puerta bajo un entrecejo perfectamente fruncido.

-¿Qué haces? –preguntó Jean Paul, sin tener que excusarse por su aturdimiento.

-No sé, pero el perro no me entiende –respondió Manuel, impávido. La imagen del caniche paralizado junto a las piernas de Jean Paul, con el rabo hacia el cielo, atento a cualquier vuelco a la racionalidad, confirmaba esa aseveración del danzante. El espectáculo siguió. Jean Paul no comprendió. El perro, dentro de sus facultades, tampoco. La nariz de Manuel comenzó a sangrar, y la pegajosa sustancia se mezcló con el sudor y unas lágrimas extraviadas que ya humedecían el rostro del muchacho.

Ahora esas pastillas que al principio le habían mostrado un mundo nuevo y fascinante le estaban poniendo nervioso... Desde lejos, su corazón tembló dolorosamente, el oxígeno se atascó en sus

pulmones, y creyó saber que Jean Paul le gritaba e intentaba impedir que la extraña danza continuara...

La rama pendular.

El vientecillo la agitaba, con una suavidad tremenda que más bien pintaba el mecimiento como una tierna caricia de la naturaleza. Hacía mucho frío; era pleno otoño, y la delgada varilla de árbol oscilaba tan desnuda como sus congéneres, quebrada del resto del edificio, a poca altura del húmedo suelo cubierto de lodo y hojas.

La rama se movía, se movía. Parecía pensativa. Quizás, lejanamente, temerosa. Con alguna cautela, pendía en dirección al suelo, sin decidirse aún a caer. El vientecillo la rodeaba, la refrescaba, tal vez la incitaba al descenso. La ramita esperaba.

El día era muy gris, y si comenzaba a llover probablemente la muchachita no tendría más remedio que caer bajo el peso de las innumerables gotas. En algún momento debería suceder. Una brisa más fuerte o un pajarillo travieso la habían llevado a esa posición, y era ésta tan frágil que el resultado se veía inevitable.

No importaba. Lo que sí importaba y resultaba asqueroso y tétrico era el cadáver putrefacto, pleno de moscas, sombrío y pétreo que había en el suelo bajo la rama, y que era el lugar donde ella caería, con desesperación si hubiera podido sentirla, cuando el ir y venir de esos minutos terminara.

Los hermanos del fin del mundo.

Apagados el estruendo espantoso y el griterío de las almas que sufrían en la carne un desgarrador dolor, los dos hermanos salieron del viejo refugio y miraron alrededor. El fuego se extendía por doquier, junto a una densa e interminable nube de humo, y un olor terrible a quemado invadía cada átomo del planeta. Edin, desde lo alto de aquella colina casual, tosió un poco, casi como en respuesta a la vaharada de destrucción que amilanaba la vista. Se volvió hacia Emir, quien lucía un ceño fruncido de resignación.

-Bueno, ¿qué quieres hacer? –le preguntó Edin, sintiendo que la ceniza invadía su rubio cabello.

-No hay mucho –contestó Emir, apretando los labios-. Trae la pelota. ¿Quieres?

-Claro –asintió Edin, y se marchó al refugio. Regresó poco después con un balón de fútbol, quizás el único que quedaba en el mundo (cuánto debían cuidarlo), y se lo lanzó a Emir. Él lo manipuló hábilmente enseguida, y unos segundos más tarde los hombres empezaban a vivir el resto de un extraño tiempo, dándole un sentido que parecía perdido.

El piano mágico.

Sonaba una melodía hermosa, singular, triste, eterna. La despedían las teclas relucientes de un piano, que se alzaba solitario en las fauces de un antiguo salón corroído por el paso de los años y los eventos. La música sonaba dulcemente, pero nadie la tocaba. Algún extraño sortilegio conducía los mecanismos para que produjeran las notas, y éstas vibraban y se elevaban, incólumes en el aire vacío.

Había tanto dolor flotando en el espacio de los recuerdos que casi podía materializarse en formas de gentes, de sueños, de pensamientos y de hechos que habían sido. O quizás sólo era un deseo, porque ya no se oían pasos que culminaran en un taburete que se deslizaba, una garganta que se aclaraba, unos dedos que se preparaban y una belleza profunda que brotaba del corazón dormido de ese artefacto inmenso.

Ahora todo eso estaba muerto, y la calma estaba inmóvil, y no había ni un ser humano que pudiera revivir los acordes que otros habían pensado, porque aquella escena era una de las últimas. Un mundo languidecía, y en el escurrir de los siglos la música respiraba por arte de magia, y el piano huérfano continuaba con su marcha, tocando los sonidos postreros de una larga y rara historia que llegaba a su fin.

Todos los soldados.

Avanzaban con cierta lentitud, o quizás sólo se trataba de que el tiempo marchaba distinto, y entonces un solo momento sería el principio, la duración y el final de toda una vida, de la vida extraña

de los pensamientos y las sensaciones que portan como una antorcha valiente los bravos guerreros que se lanzan al ataque. Así iban esos hombres, feroces, voraces, impávidos, con los corazones convertidos en estrellas, con el cuerpo entero un arma, sin que importara nada que no fuera una sola cosa, la victoria, la gloria en el campo. No había miedo, no había duda; su sangre estaba puesta en el lugar correcto; la mente y los ojos mandaban en los aceros. Las fuerzas se encontrarían, un bramido de bestias se oiría; y en aquel resplandor de reyes, todos aquellos soldados iban a combatir, y sus pechos tragarían con éxito la bocanada tan esperada, la tranquilidad y la paz del honor, y sobre los caídos, luego de todo, subiría una luz nueva, iban a saber sonreír, y la corona final tocaría sus cabellos iluminados de esplendor, de un esplendor que era suyo y de sus ancestros, y que pertenecía a un mundo entero y épico. La plenitud y un nuevo cielo se abrían, vastos, para estos héroes.

Aluminio.

La vista se acercaba pausadamente a un pequeño trozo plateado que se sujetaba con firmeza de un techo, rodeado de un ambiente pétreo, en el que no parecía existir el aire. Hacía un calor insoportable, las nubes allí arriba se mantenían rígidas, y el silencio era tan ensordecedor que se hubiera creído que estaba abarcando el Universo entero. El trozo plateado aguardaba. Los minutos transcurrían con recelo. No había nadie que demostrara que todavía había vida en algún lado. La quietud era tan espeluznante que no hacía más que aterrar y asfixiar. Era una situación rara, pero incuestionable. Nadie podía responder a ella, o preguntarse, o ver o creer.

Así era cuando dando un vuelco inesperado un huracán se asomó por entre las entrañas atmosféricas, azotó lo que había por allí y arrancó el fragmento brillante asido de ese techo. En ese instante, un hombrecillo desprevenido paseó sus pies por la vereda aledaña, seguramente buscando refugio ante el temporal; aquel cuerpecillo de aluminio voló con furia hacia él, se hundió en su cuello y lo arrojó al suelo, y el desafortunado ser quedó tendido en el cemento, yéndose, arrebatado por una abominación de viento y sangre.

Anécdota.

¿Lo recuerdas? ¿Lo de August? Lo de septiembre... Mira... ¿Qué es esto? ¿Pan? ¿Se puede comer? Bien. Claro que sí, tú estabas allí. ¿No? Entonces te lo he contado. Estoy seguro. Sí, tío. Vamos. Aquella noche. Tomamos un par de cervezas. No importa. Pero lo sabes. Anda, no me pongas impaciente. ¿Cómo quieres que siga? Sírveme, Marie, por favor. Gracias. Oye, de veras. Es imposible que no... No bromees. No hay forma. ¿Por lo menos entiendes quién es August? ¿August Clarke? Oh, claro. No me asustes. Bueno, pues él... ¿Cómo no sabes? Ya te he dicho, o estabas o te lo conté. ¡Eso pasó! ¡No es cuestión de calmarse! Lo sé. Tú lo sabes. No me hagas esto. Lo de August... Eso fue... Mira, no voy a continuar. No hay motivo. No puedo hacerlo. Tienes que saberlo. Para oír lo que sigue, tienes que saber lo de August.

El barco en la botella.

Vivía en un mundillo de cielo cristalino, un cielo que no dejaba ver más allá de su blanquecina y luminosa superficie, y que era más bien reducido y empaquetaba en él todo lo que el mínimo individuo conocía. Esto no era mucho; los marrones límites eran la proa y la popa, babor y estribor. Un mar azul en el cual apenas flotaba algún animalejo microscópico de vez en cuando, o alguna flor del tamaño de una pelusa que pasaba desapercibida para los demás, pero que era observada con devoción por el mínimo individuo hasta que se sumergía para siempre en las aguas de zafiro.

Así de solitario era todo, y no había mucho más. Un gran silencio ininterrumpido, una brisa locuaz cada varios días, y nada de compañía, una existencia única y singular que solamente estaba allí, que no se preguntaba cómo ni por qué, ni si aquello tendría principio o fin. El mínimo individuo permanecía en su barco, viendo pasar los días, y eso quizás sucedía hacía siglos, pero él no lo sabía y tampoco le interesaba.

El capitán de la cinta.

En el momento previo a la batalla, sólo podía pensar en todo lo que había pasado, en el cúmulo de destinos que habían llevado a ese instante, en vidas y muertes y noches y días que sostenían ahora la pelea por lo verdadero, por la justicia, por un premio buscado hacía tantos años y con tantos sacrificios. El capitán ponía el corazón, el capitán era pura bondad, temple, belleza y ardor, era en aquel hombre donde se concentraban las esperanzas y no había quien no quisiera ser como él para demostrar cuán feroz y temerario era. El estandarte de su ejército, mente diestra, inteligencia, coraje. Sólo había un punto y a él debían de arribar. Ahora era el tiempo. Lo que hubiera que hacer. Escudos, lanzas, galopes, saetas. Sus ojos miraban su hado. Correr hacia la fe. Correr y ser testigo y partícipe del hecho. Correr, era la hora. A todo o nada. El capitán de la cinta iría por el zarpazo de oro, de inmortalidad.

Viaje.

-¿Dónde estás?

-No lo sé. Lejos. Ha sido un largo viaje comenzado desde siempre.

-¿Has llegado bien?

-Sí. Creo que estoy un poco dormido. Todo aquí es muy tranquilo.

-¿Cómo es?

-Es tan bello que no puedo describirlo. No hemos inventado palabras para fantasías como esta.

-¿Vas a volver?

-Quizás. Algún día. Pero no sabría por qué. Ya no recuerdo mucho.

-De acuerdo. Descansa bien. Te seguimos pensando siempre.

-Que no haya dolor. Yo lo conozco como algo en un sueño. Guarden el llanto para las cosas tristes de la vida.

-Te extrañaremos.

-Los espero. En un punto, luego de un largo tiempo, todo regresa. Buen viaje.

Hacia abajo.

Parecían oírse las agujas segunderas de algún reloj dispuesto, corriendo con su lentitud mientras aquello se derrumbaba. Caía poco a poco, eran grandes fragmentos de ladrillos, minúsculas

fracciones de arena, nubarrones de polvo espeso que provocaban tos y ceguera, y cimientos que trepidaban y se desmayaban como un excelso artista en escena. Faltaba una música espléndida para acompañar la hermosura de las ventanas haciéndose trizas, las puertas crujiendo bajo el peso indomable de toda la estructura, los techos bajando y uniéndose en uno que después se desintegraría en nada. Centímetro a centímetro, cada partícula desfallecía, y luego de una agonía instantánea estallaba en millares de nebulosas terrenas que iban a parar a los suelos. La mole se iba, se iba, como un mundo entero que se arruinaba, como una existencia que daba su último hálito, como un libro que arribaba a su página final. Los materiales se volvieron un llanto desconsolado, y en la postrera hora la más pequeña gota refulgió, y luego el colapso terminó en un silencio sepulcral y en unos restos pacíficos de algo que se había podido tener en pie.

Vuelo.

El viento soplaba sobre los finos rasgos del ave, alterando medio milímetro indefinible de su delicado plumaje de perla. Sus redondos y diminutos ojos estaban concentrados casi con amor en su destino, tan distante e incierto como los instintos que hacia él se dirigían. Las alas ni siquiera se batían surcando un cielo de hierro como una flecha precisa, como una cuchillada letal; los sentidos quedaban paralizados, no había espacio para otras vidas.

El pájaro aparecía como estático en las fauces del aire, era él mismo una ráfaga dentro de otra. Su paso era pura luz, pura velocidad. Incluso parecía dejar una hilacha de escarcha tras de sí.

Allí viajaba, iba como navegando hacia otro tiempo. Y su imagen se transfiguraba, se tornaba invisible, y apenas se veía en la altura mágica y apartada de las nubes del verano.

El momento de la década.

Era un acontecimiento especial, y por lo menos en las magnánimas cumbres divinas debían festejarlo. Seguramente sería insignificante para algunos, no, para muchos, que ni se percatarían del suceso ni de lo que conllevaba. Se trataba de un rey que nacía,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

